—Ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la Orden de la andante caballería; ahora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.

Y en diciendo esto, apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenía, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueran el Cura y el Canónigo y el barbero á detenelle; mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo:

—¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta mal haya yo! que aquella es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no se lo sabe.

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra; y aunque la oyera, no volviera, si el Rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesión, y paró á Rocinante, que ya llevaba harto deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo:

—Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo:

—Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razón que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga.

—En una lo diré, replicó Don Quijote, y es ésta; que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad y que algún notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.

Con estas razones cayeron todos los que las oyeron en que Don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas.

Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla ó bastón con que sujetaba las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo tres partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro (por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza), que el pobre de Don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal á nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullía ni pie ni mano; y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaban todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, y hicièronse todos un remolino alrededor de la imagen; y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinación de defenderse, y aun ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto.

El Cura fué conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía:

—¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo, acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por sólo un mes de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin tacha, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines; en fin, caballero andante, que es todo lo que decirse puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo, fué:

—El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado; que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, y volvamos á nuestra aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.

El Canónigo y el Cura y barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía; y así, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro como antes venía: la procesión volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debía; el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguía en ella; y con esto tomó licencia para seguir su viaje.

En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y el barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció los bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso; y á cabo de seis días llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del día, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote.

Acudieron todos á ver lo que en el carro venía; y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas al Ama y á la Sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo, y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas.

A las nuevas de la venida de Don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero; y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venía bueno el asno: Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—¡Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho! Pero contadme agora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traéis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos?

—No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mía; aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.

—Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío; que las quiero ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza; y por ahora estad contenta; que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me veréis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mío; que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo.

—No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su

tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos.

—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Teresa Panza; que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

—No te acuciés, Teresa, por saber todo esto tan aprisa: basta que te digo verdad, y cose la boca; sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad, que las más que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de alguna he salido manteado, y de otras molido; pero, con todo eso es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discreción, sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Teresa Panza, su mujer, en tanto que el ama y sobrina de Don Quijote le recibieron y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba.

El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos á lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento.

Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buen suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo, que (según él dijo) se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos, escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres; y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia.

El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á la luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar ó buscar otros, si no tan verdaderos, á lo menos de tanta instrucción y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en un pergamino que se halló en la caja de plomo, eran éstas:

Los Académicos de la Argamacilla lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroso don Quijote de la Mancha, hoc scripserunt.

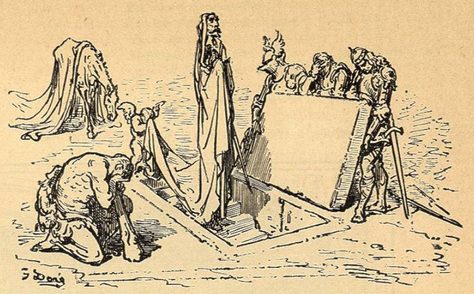
EL MONICONGO, ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De más despojos que Jasón á Creta;
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha;

El brazo que su fama tanto ensancha;
Que llegó del Catay hasta Gaeta;
La Musa más honrada y más discreta
Que grabó versos en broncínea plancha;

El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría;



El que hizo callar los Belianices;
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo desta losa fría.

DEL PANIAGUADO, ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA IN LAUDEN DULCINEAE DEL TOBOSO

SONETO.

Esta que veis, de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademán brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pié y cansado,

Culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
Que esta manchega dama y este invito.
Andante caballero, en tiernos años

Ella dejó, muriendo, de ser bella;
Y él aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETISIMO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

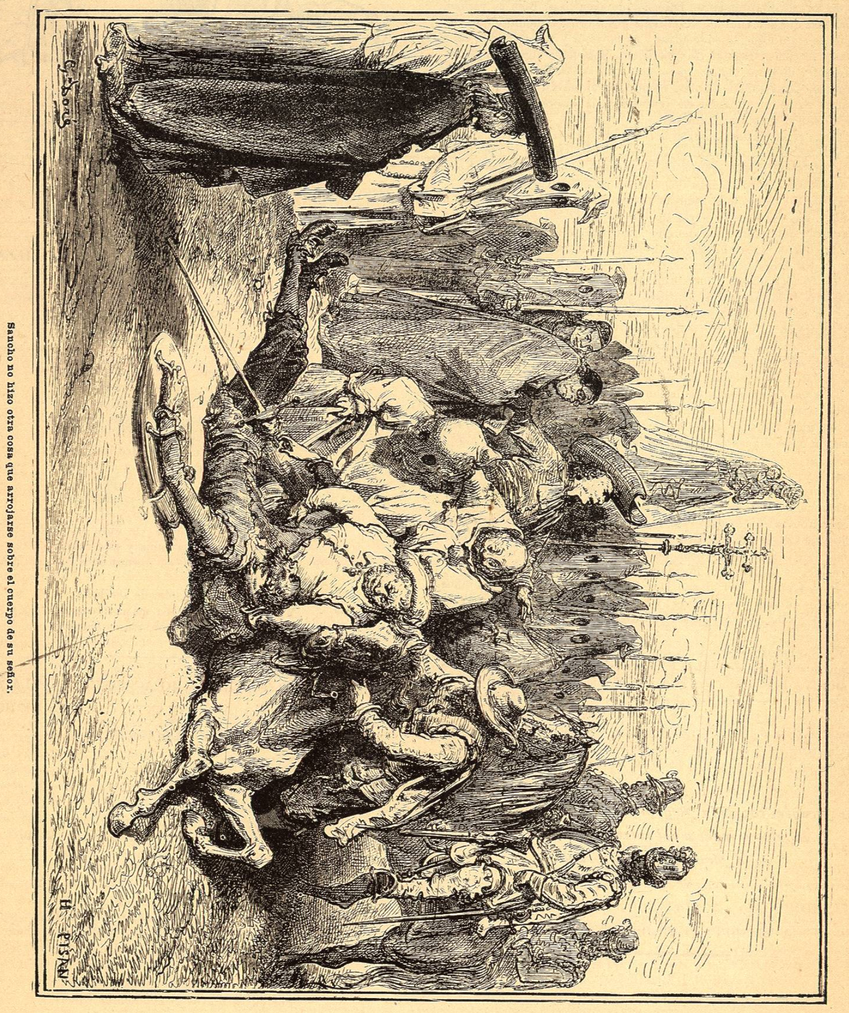
En el soberbio trono diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte
Frenético el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, azuela, raja y parte:
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadís se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,

Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia,
Más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha;
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.



Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor.

DEL BURLADOR, ACADEMICO ARGAMASILLESCO,

A SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor: ¡milagro extraño!
Escudero el más simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aún no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdón se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Oh vanas esperanzas de la gente!
¡Cómo pasáis con prometer descanso,
Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO, ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA,
EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el caballero
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero.
Yace también junto á él,
Escudero el más fiel
Que vió el trato de escudero.

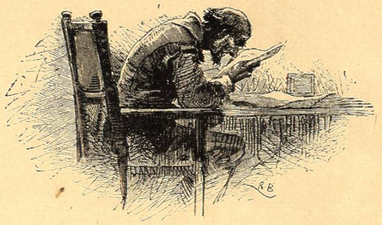
DEL TICQUITOC, ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA,
EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea;
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea:
Fué de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
Del gran Quijote fué llama,
Y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer; los demás, por estar carcomida la letra se entregaron á un académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho, á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intención de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

"Forse altri canterá con miglior plettro."

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.